

ALEAGUARA

Rodrigo Rey Rosa

El país de Toó



Narrativa Hispánica

Rodrigo Rey Rosa

El país de Toó

ALFAGUARA

The logo for Alfaguara, featuring a stylized, symmetrical knot or infinity symbol.

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara_es



@editorial_alfaguara

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mis amigas Jovita y Gladys Tzul Tzul

Primer libro
EL HOMBRE REDONDO

I. Presente del Futuro

La casona de techo de palma estaba en un promontorio entre los cocoteros y dominaba la playa de arena volcánica, una línea recta que iba desde el lugar en que salía el sol hasta donde se ocultaba. La espuma de las grandes olas, que iban a morir en la orilla, dibujaba abanicos que se desvanecían en la arena negra una y otra vez. Detrás de la casa estaban los canales de agua turbia y mansa —criadero de jaibas, bagres y cuatrojos— rectos y largos como la playa, abiertos por los tatarabuelos de la nana para llevar sus mercancías en cayucos de palo desde Tapachula, en México, hasta Sonsonate, en El Salvador, como ella contaba, aunque el dueño de la casa, un hombre rico, conocedor de una historia muy distinta, la contradecía. Más allá del canal, desde el segundo piso, podían verse las salinas y los inmensos potreros y cañizales, y, todavía más allá, una cadena de volcanes. A mediodía la arena se calentaba tanto que si caminabas en ella se te ampollaban los pies. Pero al atardecer, cuando el sol enrojecía antes de hundirse en el mar, podías jugar en la arena tibia o perseguir cangrejos, que corrían playa arriba para refugiarse en sus hoyos, o bajaban por la franja alisada por las olas, donde espejeaba el sol. Por la noche, a veces, la casona se llenaba de gente. Llegaban de las otras casas alineadas a lo largo de la playa, o hacían el viaje en carro o en helicóptero desde la capital.

1.

¡Esta casa está borracha! —gritó Jacobito. Sentados alrededor de una mesa larga en el corredor de la casona rústica en aquella playa del Pacífico, los adultos no paraban de reír. Una ola en la rompiente, más fuerte que las anteriores, se oyó por encima de las risas. Un intervalo de silencio.

Faltan tres minutos para la medianoche —dijo la madre de Jacobo, una mujer rubia de ojos grises.

¿Por qué faltan? —quiso saber el niño.

De nuevo, los adultos se rieron.

Era el único niño en la casa la noche de Año Nuevo, y en ese momento se había convertido en el centro de atención de las señoras. Soltó una risa aguda y contagiosa. Le gustaba ser el centro de atención.

Su madre lo tomó en brazos para sentarlo sobre sus piernas, mientras el padre sacaba de un cubo con hielo una botella de champán. Usó una servilleta para secarla antes de comenzar a forcejear con el corcho en forma de hongo.

¡Doce! ¡Once! ¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho!...

Los adultos devoraban uvas negras. Las iban tomando, una por segundo, de tres tazones alineados en el centro de la mesa.

¿Qué pasa? —dijo el niño, pero esta vez nadie le hizo caso—. ¡Yo quiero también!

¡Cero!

El corcho salió de la botella con un ¡pum! y un chorro de espuma. El cielo se iluminó con fuegos artificiales y las explosiones se multiplicaron en la noche. Jacobito abrazó a su madre, asustado.

No pasa nada, amor.

¡Feliz año nuevo!

¡Feliz año del perro!

¡Por el Futuro! —dijo el padre, y alzó su copa y la chocó con el señor al que llamaban el Futuro.

Abrazos, copas llenas y espuma rebalsada sobre la mesa, risas, brindis y más abrazos y besos.

¡Doña Matilde! —llamó la madre de Jacobo—. Venga a hacer un brindis con nosotros.

Doña Matilde, una matrona quiché y la nana de Jacobo, salió de la cocina y se acercó a la mesa.

Gracias, doña Ana —dijo—. Feliz año nuevo.

Tomó la copa de champán que la señora le alargaba y dio un pequeño trago.

Jacobo —dijo la madre—. Saluda y a dormir.

El niño protestó.

El padre:

Que se quede un rato más. Está gozando, ¿no?

Que se quede —exclamó uno de los mayores, que le había regalado esa navidad un avioncito que podía volar de verdad. Para el último santo de su papá había llevado a la familia, la nana incluida, a dar una vuelta en helicóptero. Tenía varias avionetas y helicópteros. Vivía de ellos, Jacobo había oído decir, aunque no acababa de entender lo que querría decir vivir de aviones y helicópteros.

Está bien. Cuando paren los fuegos, te vas a la cama —dijo la madre.

Doña Matilde llevó al niño en brazos al balcón. Hacia el oeste, en un cielo muy negro sobre el agua más negra todavía, las efusiones de luz y las explosiones continuaban.

¡El cielo está borracho! —gritó el niño, y soltó su risita nerviosa.

2.

Jacobo amaneció temprano, pese al desvelo, cuando la casa entera dormía. Alcanzó con una mano un maletín que colgaba de la baranda de su litera, donde había guardado algunos de los juguetes que recibió para navidad. Sacó una máscara de buzo. Unas aletas. Un delfín mecánico y su control remoto. Este se lo había dado el Futuro. Visitaba a la familia muy a menudo últimamente.

¡Eso es demasiado! —había dicho la madre cuando Jacobo abría el paquete bajo el árbol, siete noches atrás. Y a su esposo, a modo de regaño—: No debió, de verdad.

¿El general? ¿Tal vez debió darle dinero? ¡Es lo que pensaba hacer!

¡Claro que no!

¿Qué es dinero? —preguntó Jacobo.

El padre le alargó un pedazo de papel anaranjado.

Mirá.

El niño lo tomó. Miró los dibujitos: un volcán; un pájaro de cola larga; una pirámide. Se lo acercó a la nariz.

¡No! —exclamó su madre—. Es muy sucio. Es la cosa más sucia que puedas imaginar.

Le quitó el billete al niño y lo devolvió a su padre, que dijo:

No hay que exagerar.

¿Es más sucio que el popó? —preguntó el niño.

Sí —dijo la madre—. Pasa de mano en mano y la gente no se las lava.

¡Cierto! —se rio el padre, y en voz baja—: Pero el dinero se puede lavar. El popó, en cambio, no.

No es divertido —dijo ella; aunque el niño y su padre se reían a carcajadas.

¿Qué es el futuro? —siguió el niño.

Lo que no ha pasado todavía.

Otra cosa que él no podía entender. Cada vez había más cosas así.

Se volvió hacia la ventana, desde donde podían verse, a través de la mosquitera y más allá de los penachos de las palmas, el cielo de la madrugada y una larga franja de plomo que era el mar. El rugir de las olas lo transportó a un mundo que nadie más conocía; él mismo lo estaba creando en ese momento, con la facilidad y la despreocupación de un pequeño dios. Era un mundo vasto —más ancho que la playa de arena negra y el mar— y él estaba en el centro. De pronto, no aguantó las ganas de orinar.

La nana, que dormía en el camarote inferior, le oyó moverse y se levantó para ayudarle a bajar. Lo acompañó al baño, y luego le dio su desayuno de cereal con leche en la cocina, en la mesita baja que solo usaba él. Jacobo acomodó al delfín, del tamaño de un bebé, en la sillita a su lado, y la mujer se puso a lavar los platos de la fiesta de Año Nuevo, que no había terminado hasta el amanecer. Mientras fregaba, se quejaba del calor, pero vestía, como siempre, su traje de Toó: corte, faja y huipil. La cara y el cuello le sudaban profusamente.

Jacobo se levantó de la mesita con el delfín y salió de la cocina. Fue a su cuarto y repasó los demás juguetes. No podía con todos, así que dejó las aletas y el control, que aún no sabía cómo usar. Atravesó el corredor y bajó al espacio abierto del piso principal. Subió en una de las hamacas, se empujó con un pie para mecerse, con el delfín en brazos. Cerraba los ojos de vez en cuando, para imaginar que nadaba en el mar, lejos de la orilla, lejos de todo, al lado de un delfín de verdad.

Empapado en sudor, se despertó con el ruido de los niños grandes, que habían llegado con sus padres a seguir la fiesta. Entre el ranchón que era la casa y las olas, que su padre decía que eran peligrosas como tigres, y que se alzaban para reventar contra la arena, estaba la piscina de agua dulce, donde Jacobo había aprendido a nadar. En una can-

cha más allá de la piscina, los niños grandes jugaban *volleyball*. Los papás, arriba, estaban desayunando y platicando, como casi siempre, sobre algo que llamaban política. Era un juego en que todo se valía, les oyó decir alguna vez. Era un juego también peligroso. A ellos les gustaba el peligro, había descubierto con satisfacción. Alguien puso a sonar una música de guitarras y tambores. Bailó unos cuantos compases, moviendo la pelvis como había visto hacerlo a sus mayores. La nana estaba dormida en la otra hamaca, a pocos pasos de la suya.

Salió de la sombra del rancho al sol, que lo deslumbró, y se quedó allí un momento, parpadeando, hasta que vio los pelícanos que volaban sobre la cresta de las olas, que eran enormes a esa hora. No quería jugar *volleyball*. La pelota era demasiado dura. Volvió a la hamaca para tomar la máscara y el delfín. Corrió hacia la piscina, que no estaba llena, como anoche. Bajó despacio por las gradas color esmeralda. Puso el delfín en el agua tibia, le dio un empujón. Los delfines eran parientes de los humanos y necesitaban salir de vez en cuando a respirar, le había dicho el padre, pero ellos respiraban por un hoyito que tenían en la espalda.

El agua le llegaba hasta los hombros. Él ya podía nadar con la piscina llena, cuando el agua le cubría la cabeza. El delfín, que había llegado a la mitad de la piscina, se hundió. Decidió ir por él. Al salir estaría muy cerca de la cancha, donde los niños grandes jugaban.

Estilo perrito, empezó a nadar. A sus espaldas oyó la voz de la nana:

¡Jacobito! —gritaba—. ¡Salga de allí!

Hundió la cabeza en el agua para ocultarse y convertirse en delfín. Iría por su compañero. Moviendo de arriba abajo el vientre y las piernas, siguió nadando, oyendo apenas los gritos de la nana, que no paraban. Pero antes de alcanzar el otro extremo de la piscina, que estaba a medio vaciarse, el orificio del tragadero, donde el agua se arremolinaba, lo succionó hacia el fondo, como hizo con el juguete, que estaba atrapado en la rejilla. Antes de que uno de los invitados —al oír los gritos de la nana que, como no sabía nadar,

no podía hacer más que ir de un lado para otro por el borde de la piscina— saltara del balcón a la arena, corriera hacia la piscina y se lanzara al agua para rescatarlo, el niño perdió la conciencia.

3.

En el mundo adonde volvió, un mundo que, más que el mundo que había dejado atrás, era uno de su propia invención, había palabras, pero faltaba la conexión entre unas y otras. Había caras y sonrisas y comida en la boca. Excrementos y agua limpiadora. Ruidos y colores. Caricias y más de esto o de lo otro. Y, cuando algo faltaba, la ira. Como el momento en que comprendió que su madre ya no estaba. La llamó a gritos durante largo rato pero ella no llegaba.

Cuando ella estaba todavía, los llevaba en su carro, que olía a cuero y a perfume, a él y a la nana a dar vueltas y a comprar comida. Cuando se fue, los paseos terminaron. Hasta que llegó el hombre que era más alto y más fuerte que su padre y tenía una cara grande y oscura. Se llamaba Rafael pero le decían Cobra. Su hablar era distinto. Tenía una voz ronca y afelpada. Hacía pensar en un tigre o un león. Jacobito se sentía seguro en su compañía. Fantaseaba con tener en él un aliado para recuperar a su madre.

Un día de mucha lluvia el Cobra llevó a la casa un gatito blanco con un lunar negro en la frente y un ojo más azul que el otro. Lo había hallado cerca de la casa, empapado, medio muerto de frío, dijo el Cobra, que lo había envuelto en una toalla sucia. Con una pistola para el pelo que había sido de la madre de Jacobo (la sacaron de un cuarto de cachivaches al lado del cuchitril del Cobra, en el sótano) la nana secó al gatito. Le dieron de comer pan empapado en leche, y luego el Cobra se lo ofreció a Jacobo para que jugara. Tu mascota, le dijo. El ronronear del gatito lo alegraba y pasaba horas enteras echado en el suelo o en su cama con el gatito sobre el pecho o entre los brazos.

4.

Llegó un día en que, al despertar, no encontró la cara de la nana, ni la del hombre con cara de tigre, sino la cara de su padre, que le dio un beso en la frente y le pasó una mano por la cabeza.

¿Nos levantamos?

Jacobo protestó con un gruñido. La mano olía a tabaco y de la boca del padre salía un aliento ácido. Se dio vuelta contra la pared.

El padre lo tomó de un brazo y tiró para levantarlo.

Ven, Jacobito. Vamos a pasear.

Jacobo sacó al gato, que era ya un adulto, de debajo de la cama.

Dejalo —le dijo el padre—. No puede venir.

Jacobo dejó el gato sobre la cama y le acarició la cabeza. El gato cerró los ojos y se puso a ronronear.

Vamos, mijo.

Salieron en el auto pequeño, un Audi semideportivo. Al arrancar, las llantas rechinaban y la cabeza se te iba para atrás.

Jacobo oprimió el botón para bajar su ventanilla. El aire le alborotó el pelo y le hacía cosquillas en las orejas.

Meté la cabeza —dijo el padre.

Jacobo no hizo caso. El viento, al entrar en su boca abierta, hacía un ruido que recordaba el mar.

Es peligroso, Jacobito —dijo el padre—. Metela, por favor.

¡Ooooo! —gritó Jacobito a la gente que esperaba en una parada de autobús.

El padre lo tomó de una oreja, suavemente, para hacer que metiera la cabeza. Hizo subir la ventana y oprimió el